

La Comédiathèque

Ella y Él

Monólogo interactivo

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto se puede leer gratuitamente.
Sin embargo, cualquiera representación pública,
sea profesional o aficionada (incluso gratuita)
debe ser autorizada por la Sociedad de Autores
encargada de percibir los derechos del autor
en el país de representación de la obra
Contactar con el autor:
comediatheque.net

Ella y Él

Monólogo interactivo

La apasionante aventura de la vida en pareja.

- Entrada de los artistas
- 1 – Noche de bodas
- 2 – El tiempo de las cerezas
- 3 – Avería de tele
- 4 – Cuarentena
- 5 – Definición del amor (por lo que no es)
- 6 – Reencuentro
- 7 – ¿Carpaccio o Bacon?
- 8 – Desaparición
- 9 – El mundo del deporte
- 10 – ¿A dónde va uno cuando ha muerto?
- 11 – La temporada de lluvias
- 12 – Carnicería
- 13 – Un par de viejos
- 14 – Pesadilla
- 15 – Los muebles
- Salida de emergencia

© La Comédiathèque

Entrada de los artistas

La oscuridad se hace, como si el espectáculo fuera a comenzar. Pero nada ocurre durante un tiempo bastante largo para instalar un cierto malestar en el público. La luz vuelve en un rincón de la sala donde un espectador y una espectadora, que parecen no conocerse, están sentados juntos. El hombre consulta nerviosamente la “Guía del Ocio” y echa un vistazo a su reloj. La mujer toma palomitas de un gran cucurucho y las come compulsivamente de una manera poco discreta.

Él – Perdón... ¿Sabes lo que pasa?

Ella *(con un gesto de ignorancia)* – Pues... esperamos a los cómicos...

Él – Hasta ahora solo los espectadores maleducados llegaban con retraso al teatro. Si los actores hacen igual...

Silencio.

Ella *(preocupada)* – ¿Me permites echar un vistazo a tu guía? En caso de que la actuación se anule...

Él le da su Guía del Ocio. Ella no sabe cómo cogerla con su cucurucho de palomitas entre las manos.

Ella *(dándole su cucurucho de palomitas)* – ¿Quieres?

El duda un momento antes de aceptar, para liberarle las manos. Ella hojea la guía, sin encontrar lo que está buscando. El come palomitas con una mueca de disgusto.

Ella *(renunciando)* – No encuentro nada en esta guía...

Él – Y a mí no me gustan las palomitas...

Ella le devuelve su guía y recoge su cucurucho.

Ella – ¡Qué le vamos a hacer...! Ya es tarde para el cine... Tendremos que esperar...

Él – A ver si por lo menos vale la pena...

Ella *(preocupada)* – ¿Las críticas son malas?

Él *(mirando hacia el público)* – No hay mucha gente en la sala...

Ella – Mira, las críticas, no significan mucho... A veces, en el teatro, se ven cosas... ensalzadas por la prensa especializada... duran siglos... Nadie se atreve a decir que se aburre por miedo a pasar por un idiota. Y después les dicen: la prueba de que es una obra profunda es que no habéis entendido nada...

Él – Con la comedia ya no es tan fácil. Si la gente no se ríe durante la representación no les van a decir después: es una comedia muy divertida, pero solo para los críticos.

Ella – ¿Eres crítico?

Él (*sorprendido*) – ¿Tú no?

Ella – Actriz...

Él – ¡Ah, sí... Por supuesto...!

Ella – Menos los cómicos y los críticos, nadie va al teatro ahora, ¿no? De cada dos espectadores por lo menos uno es un actor. Acabaremos por no saber dónde está el escenario...

Él – ¿Conoces la obra?

Ella – No... pero una amiga mía actúa en ella. Vengo a verla... para hacerle un favor.

Él – ¿Es una actriz famosa?

Ella – Hace más bien teatro...

Él – Entonces... (*Sospechoso*) ¿Y tú eres verdaderamente actriz?

Ella (*preocupada*) – ¿Encuentras que no actúo bien?

Él – ¡Sí, sí... Actúas muy bien!

Ella – Actriz de noche y... guarda de museo de día.

Él – Vista la modernidad del repertorio, no es tan diferente...

Silencio.

Ella – No tengo más palomitas...

Él (*en un suspiro*) – Quizás hayamos muerto de hambre antes del comienzo del espectáculo...

Ella – Sí... Parece que nos han olvidado...

Él – Dentro de unos años, una asistenta encontrará nuestros dos esqueletos cogidos de la mano.

Ella – ¿Cogidos de la mano...?

Él – Al ver llegar el fin, a lo mejor nos abandonamos en un gesto de ternura. Somos como dos náufragos en una isla desierta, ¿no? No tenemos dónde escoger...

Ella – ¿Crees que van a devolvernos el dinero?

Él (*sorprendido*) – ¿Has pagado la entrada?

Ella – No...

Él – ¿Así que...?

Se levantan para salir.

Él – A lo mejor podemos volver otra día...

Ella – Si la obra está todavía en cartelera...

Él – Iremos a ver otra.

Ella – ¿Es una invitación?

Él (*sacando un cartón*) – Para dos.

Ella – Espero que esta vez comiencen en punto... ¿Qué es?

Él (*leyendo el cartón*) – “Ella y él”...

Ella – Parece aburrido, ¿no?

Él – Perdona, voy a volver a conectar el móvil...

Ella – ¡Ah, sí...! Había olvidado apagar el mío...

Se van. Oscuridad en la sala.

1 – Noche de bodas

Ella y él se dejan caer en el sofá, agobiados.

Ella – ¡Por fin! Pensé que nunca iban a marcharse...

Él – Dicen que de cada diez parejas, siete no follan durante la noche de bodas... Ahora entiendo por qué...

Ella (*cachonda*) – ¿Tratamos de mejorar la estadística?

Él – Te olvidas que despegamos a las cinco de la mañana... De Girona...

Ella – ¿De Girona?

Él – ¡Ya te lo he dicho! Compré los billetes en una subasta de “E-Bay”...

Ella – ¿Por qué las compañías “low-cost” tienen que despegar de Girona? Quizás porque cuando despegas de Girona, te hace ilusión aterrizar en cualquier parte del mundo. Incluso en Bratislava...

Él – Dicen que es muy bonita Bratislava... Durante la primavera...

Ella – ¿No te estás confundiendo con Praga?

Él – Está por ahí al lado, ¿no?

Ella – Las Maldivas, es bonito todo el año... Y recuerda que la primavera empieza solo en dos meses...

Él – Las Maldivas... Todo el mundo va, ¿no?

Ella – Es cierto que un viaje de bodas a Bratislava es mucho más original... No nos cruzaremos con muchos recién casados en el avión... la única pareja que había confundido Bratislava con Brasilia ha conseguido volver a vender sus billetes en “E-Bay”...

Él – Nos pagaremos las Maldivas en unos años... Para nuestro aniversario de bodas...

Ella – Sí... Nuestras bodas de plata... Cuando no consiga entrar en el bikini... (*Suspiro*) la vida está mal hecha. Tendríamos que heredar a los veinte, empezar a trabajar a los cincuenta al acabar la jubilación y parir a los setenta, para no envejecer solos... Y la boda haría de extremaunción...

Él – Por otro lado, una vida sin suegra... No sé si valdría la pena...

Ella – ¿Crees que te querré todavía dentro de veinte años?

Él – No tendrás dónde escoger... Cuando no entres en ningún traje de baño...

Ella – Una amiga mía dijo “no” el día de su boda. De broma. Quería decir “sí” en seguida después... Pero el cura no lo encontró divertido. la chica tuvo que esperar seis meses antes de volver a la iglesia... Parece que hay un plazo de prescripción. Como para sacar el carné de conducir. No puedes volver a presentarte en seguida después de haber fallado... ¿Lo sabías?

Él – No...

Ella – Son aburridas las bodas, ¿no?

Él – Uno no se casa para divertirse...

Ella – No me digas que es para ir de viaje a Bratislava desde Girona en medio de la noche, si no realmente no sé por qué he dicho sí... ¿En qué país queda Bratislava exactamente?

Él – No sé... Praga era la capital de Checoslovaquia...

Ella – Así que ni siquiera sabes dónde me llevas de viaje de bodas... Mi madre tenía razón. No sé dónde voy contigo...

Él – Espera... Ahora Praga es capital de Chequia... Bratislava tiene que ser capital de Eslovaquia. O Eslovenia... Bueno, de todas formas, queda en la zona euro! Ni siquiera tendremos que cambiar dinero...

Ella – Y tú... ¿Me querrás todavía dentro de veinte años?

Él – ¿Como no querer toda la vida a una chica que acepta seguirme a un país desconocido de la zona euro?

Ella – Si es para ponerme a prueba, entonces...

Secuencia emocional, interrumpida por él.

Él – No quiero apurarte, pero el avión despegue dentro de dos horas. Y Girona no queda exactamente aquí al lado...

2 – Él Tiempo de las cerezas

Ella y él sentados en el sofá.

Ella – ¿Ves? El cerezo está en flor.

Él – Ya es otro año...

Silencio.

Ella – Somos felices, ¿no?

Él – Sí... *(Después de un momento)* Nos aburrirnos, ¿no?

Ella – ¿Juntos?

Él – ¿Qué te parece?

Ella lo piensa.

Ella – Podríamos cambiar el sofá...

Él – ¿Qué haríamos con el viejo?

Ella – Ir de vacaciones...

Él – ¿Para ir a dónde?

Ella – ¿Invitar a los vecinos?

Él – ¿Para celebrar qué?

Ella – ¡la floración del cerezo!

Él – Dicen que los japoneses hacen esto en primavera. Invitan a amigos a admirar su cerezo, beborroteando té, sin decir nada...

Ella – Mejor no tardar. Los primeros pétalos ya se caen.

Él – Como mis cabellos.

Ella – ¿Tus cabellos?

Él – Empieza por uno y luego te vuelves calvo sin darte cuenta... *(Después de un momento)* ¿A quién podríamos invitar?

Ella – A amigos.

Él – La gente nunca está disponible...

Ella – Si les avisas de antemano.

Él – Les invitas a tomar una copa y sacan sus agendas. En vez de tomar una copa discutimos una posible fecha. A la semana siguiente te llaman para decirte que al final no pueden y fijar otra fecha... A mí cuando me da la gana de tomar algo es enseguida. Dentro de dos o tres semanas, a lo mejor ya no tengo sed ¡No hay más improvisación!

Ella – Quizás justamente porque la gente tiene miedo de aburrirse.

Él – ¡Ya verás! No estarán dispuestos. Te van a proponer una fecha. Mientras tanto, los pétalos del cerezo estarán por el suelo.

Ella – Un tapiz de pétalos es muy bonito también.

Él – Hoy hace buen tiempo. ¿Qué tiempo hará dentro de un mes? Además de hacer coincidir las agendas, tendrías que consultar el servicio meteorológico. Invitar amigos se vuelve más complicado todavía que prever un eclipse. No... en vez de tratar de divertirme con tanta gente dentro de un mes, prefiero todavía estar seguro de aburrirme en seguida contigo.

Ella – Gracias...

Él – Hace poco, mi mejor amigo me deja un mensaje. Hacía seis meses que no tenía noticias tuyas. Lo llamo en seguida y le propongo tomar una copa. Me contesta que no está disponible, que me llamará para fijar una fecha. Todavía espero a que me llame. Ni siquiera sé porqué me llamó...

Ella – Quizás estaba un poco deprimido...

Él – No sé si después de su llamada se sintió mejor. Dentro de seis meses, me llamará otra vez y será lo mismo. Eso es lo que llamamos amigos ahora. ¿Internet igual, no? Nos dicen que es “amigable”. No hablas con tu vecino de al lado, pero con esto vas a charlar con los chinos en esperanto. ¿Conoces a muchos chinos tú?

Ella – De pequeña, con mi vecino de enfrente, tratábamos de comunicarnos en Morse, de noche, con linternas de mano. Tampoco funcionaba muy bien...

Él – La gente está siempre agobiada. ¿Qué tendrán que hacer tan interesante para no tener nunca un momento para tomar una copa con su mejor amigo de improviso? Yo trato de permanecer disponible. Pero nunca está nadie libre. Entonces me aburro... ¿No te aburres tú?

Ella – Contigo, jamás...

Silencio.

Él – ¿Y si a pesar de todo la tomamos igual, esa copita?

Ella – ¿Los dos?

Él – ¿Estarías disponible?

Ella – ¿Cuándo?

Él – ¡Ahora mismo!

Ella – ¿Por qué no?

Él – Voy a buscar los vasos.

Ella – Y yo los cacahuetes.

Llaman a la puerta.

Él – ¿Esperamos a alguien?

Ella – No... ¿Quién podrá ser a esta hora? Vamos a cenar...

Él hace un gesto de que tampoco lo sabe.

Él – La gente es tan mal educada. No puede uno estar tranquilo cinco minutos, ni siquiera durante el fin de semana.

Ella – Voy a ver quién es...

Él – No estoy para nadie.

Ella – ¿Y si es un amigo?

Él lo piensa.

Él – Le dices que nuestro cerezo de Japón está floreciendo... Y que vuelva cuando haya cerezas.

3 – Avería de tele

Una pareja sentada en un sofá. La habitación esta vacía de cualquier otro mueble. No hacen nada, no dicen nada y miran fijamente delante de ellos.

Ella – ¿Qué hay esta noche en la tele?

Él – No sé. ¿Por qué?

Ella – Por saber... (*Un tiempo*) ¿De veras no quieres que volvamos a comprar una?

Él – Cuando teníamos tele no podíamos dejar de mirarla.

Ella – ¿Está hecha para eso, no?

Él – ¡Éramos completamente adictos! ¡No hacíamos nada aparte de eso!

Siguen mirando fijamente delante de ellos.

Ella – ¿Y ahora qué hacemos ?

Él – ¿Qué quieres que hagamos?

Ella – Nada...

Él – Más vale, ya que mirar la tele... Cuando solo había una cadena, por lo menos... Pero ahora con el satélite...

Ella (*nostálgica*) – Cuando era pequeña no teníamos tele. Iba a mirarla en casa de mi vecinito...

Él – ¿Quieres que pregunte al vecino si puedes ir a su casa a mirar la tele?

Silencio.

Ella – Podríamos discutir.

El le hecha una mirada preocupada.

Ella – Ya que no tenemos la tele, podríamos aprovecharlo para discutir.

Él – Pues vamos. Tú empiezas.

Ella lo piensa.

Ella – ¿Me quieres?

Él (*desconcertado*) – Podríamos empezar un poco más progresivamente, ¿no?

Él lo piensa.

Él – ¿Qué hay de cena esta noche?

Ella – Miércoles, es el día del pescado.

Él – Normalmente es el viernes...

Ella – El viernes es conejo.

Él – No muy católico todo esto, ¿no?

Silencio.

Él – ¿Vamos a comprar pescado?

Ella – Iré. Tengo que comprar lentillas.

Él – ¿Lentejas, con el pescado?

Ella – Lentillas... de contacto. ¿Y si comprara bacalao, para cambiar?

Él – Es muy salado, ¿no?

Ella – Si lo pones en remojo toda la noche. Como la lentillas...

Silencio.

Él – Si un día me engañaras, ¿me lo dirías?

Ella le mira con sorpresa.

Ella – Quieres decir: ¿si tú me engañaras, querría yo que me lo dijeras o no?

Él – También, sí...

Ella – ¿Y por qué me preguntas esto?

Él – Pues eso. Para hablar... Como ya no tenemos la tele.

Ella lo piensa.

Ella – ¿Cómo quieres que conteste esta pregunta?

Él – Pues... sí o no.

Ella – ¿Tú crees realmente que es tan fácil?

Él – ¿No lo es?

Ella – Contestar es aceptar ya la posibilidad de que me engañes.

Él – ¿Y?

Ella – Es como si me preguntaras: ¿si te asesinara, preferirías que vaya a entregarme a la policía después o que intente escapar de la justicia?

El parece no entender la relación entre las dos cosas.

Ella – Esto supone que considere tranquilamente la posibilidad de que tú me asesines. Esta es la verdadera pregunta. la segunda... es secundaria.

Él – Pero el adulterio no es un crimen. ¿Verdad?

Ella – El adulterio es causa de muchos crímenes...

El lo piensa, un poco preocupado.

Él – ¿Así que si te engañara, podrías matarme?

Ella – En todo caso, si lo hiciera, sí que iría a entregarme a la policía después. la justicia siempre ha sido clemente con los crímenes pasionales...

Silencio.

Ella – Así que consideras tranquilamente la posibilidad de engañarme.

Él – El 95% de los animales son polígamos. Los demás viven en parejas solo el tiempo de criar los chavales. Es la prueba de que la fidelidad no es una cosa natural...

Ella – No somos animales.

Él – Queda un 5% de animales monógamos. Eso no hace de ellos seres humanos. ¿Por qué la fidelidad tendría que ser un criterio de humanidad?

Ella – Es el fundamento de la familia, que es el fundamento a su vez de la sociedad.

Él – ¿Así que no me engañas por civismo?

Silencio.

Ella – ¿Te cuesta tanto serme fiel?

Él – No... pero me estaba preguntando si la fidelidad tenía el mismo sentido para los hombres y para las mujeres.

Ella – ¿Y a tu parecer, por qué los hombres son fieles? Cuando lo son...

Él lo piensa.

Él – ¿Para evitar las complicaciones?

Silencio.

Él – Me estoy preguntando si no tendríamos mejor que comprar otra tele.

4 – Cuarentena

Ella está sentada en el sofá. El llega.

Él – ¡Otra vez! Acabo de recibir una llamada de un amigo del colegio que me invita a celebrar su cuarenta cumpleaños. ¿Increíble, no?

Ella – Si teníais 20 en la misma época, no es tan raro que 20 años después, tengáis 40 más o menos al mismo tiempo.

Él – Lo que es raro es que no tenía noticias de toda esta gente desde hace años... Y ahora el teléfono no para de sonar.

Ella – ¿Vas a ir?

Él – Me asusta un poco. Hace tanto tiempo. Habrán cambiado, ¿no?

Ella – ¿Quieres decir físicamente?

Él – Físicamente, moralmente... Espero que no estén demasiado decrepitos.

Ella (*haciendo melindres*) – ¿Y yo? ¿Estás seguro de que no estoy demasiado decrepita?

Él – Contigo es diferente. Poco a poco, tuve tiempo de acostumbrarme. Pero esta gente, así de repente... Va ser como una nueva versión de “El Regreso de los Muertos Vivientes”... Es raro, ¿no? Esta necesidad de juntarse a la llegada de la cuarentena.

Ella – Se llama un cumpleaños, ¿no ?

Él – Dicen que los animales se aproximan a los hombres al sentir llegar la muerte. Será algo por el estilo. Una manera de instinto gregario. (*Un tiempo*) ¿Qué le voy regalar a este también?

Ella – ¿Un ataúd?

Él – Es caro, ¿no?

Ella – Lo decía de broma... ¿Y tú?

Él – Yo también.

Ella – No, quiero decir: Y tú, ¿piensas hacer algo para tus 40?

Él – ¿Qué quieres que haga? ¿Conoces un remedio para evitarlo? En todo caso, por favor, no me prepares una fiesta sorpresa. Si no veo a toda esta gente desde hace 20 años, seguro que es por algo.

Silencio.

Él – ¿Cuántos años tienes tú exactamente?

Ella le echa una mirada enfadada, sin contestar.

Ella – Tendremos que invitar a los vecinos a cenar algún día.

Él – ¿Por qué?

Ella – ¡Por nada!

Él – Ellos nunca nos han invitado.

Ella – Si todo el mundo pensara así...

Él – Porque seamos vecinos no tenemos que ser amigos.

Ella – ¡Nuestros amigos viven todos a quinientos kilómetros de aquí! Esta bien tener amigos al lado, ¿no?

Él – Si. Es muy cómodo... Limita los gastos de transporte. O sea, la polución. Así que, se puede decir que es ecológico simpatizar con los vecinos.

Silencio.

Él – Y él, ¿qué hace exactamente?

Ella – No sé. Cada mañana lo veo salir de casa con un maletín. No sé dónde va. la próxima vez le preguntaré, si quieres...

Él – ¿Y ella?

Ella – Son muy discretos...

Él – Va a ser muy divertida esta cena. Si queremos respetar su discreción.

Ella – Siempre podrás hablar de ti.

Él – Tienen niños, ¿no?

Ella – Cada mañana veo tres salir de su casa para ir a la escuela. Supongo que son suyos.

Él – ¡Ah, sí...! Uno pequeño, uno mediano y uno grande... (*Preocupado*) ¿Tendremos que invitarles también?

Ella – ¡No! Les diremos que es una recepción estrictamente reservada a los adultos...

Él – ¿Me hablabas de los vecinos de enfrente, verdad?

Ella – ¡De los de al lado! Los vecinos de enfrente se han mudado hace seis meses, después de su divorcio. ¿No has visto el cartel de “Se Vende”?

Él – No.

Ella – Además, no tenían niños.

Él – ¿De verdad?

Silencio.

Ella – ¿No será el cumple la semana de la limpieza acaso?

Él – Es muy posible. (*Con un suspiro*) la limpieza es el cimiento de la pareja... ¿Sabías que en francés “menaje” quiere decir a la vez limpieza y matrimonio? Y un “menaje a tres”, un triángulo...

Ella – Tres puede ser también una pareja con un niño...

Él – Cada uno con sus fantasmas.

Silencio.

Ella – ¿Entonces?

Él – ¿De verdad crees que es el momento de tener un niño?

Ella – No es cuestión de dinero, lo sabes muy bien... Además, no somos tan pobres...

Él – ¡Lo seremos, con una retahíla de chavales! Mira lo que pasa en África con la natalidad galopante... Leí un libro hace años: “El África Negra Ha Empezado Mal”. Pues hoy todavía peor... Ahora nadie piensa que África pueda ir a ningún sitio... Excepto con la deriva continental... Cuantos más niños tiene la gente, más pobre es...

Ella – ¿No crees que es al revés?

Él – Si los pobres no hicieran niños, después de una generación la pobreza habría desaparecido... Mira los chinos, por ejemplo. No tienen derecho más que a un niño. Pues ya están mejor...

Ella – Podemos empezar por uno...

Él – ¿Cuándo tendríamos tiempo para cuidarlo? Ni siquiera tenemos tiempo para hacer la limpieza.

Ella – Contrataremos una asistenta.

Él – ¿Dónde lo pondríamos, al bebé?

Ella – Podrías instalar tu despacho en el sótano.

Él – Empieza muy bien... ¿Y tú? ¿Piensas dejar tu trabajo?

Ella – Contrataremos una nodriza.

Él – ¿Además de la asistenta? Ya no es un triángulo, es una pequeña empresa! No estoy seguro de tener espíritu de empresa...

Silencio.

Él – No podremos salir más de noche..

Ella – Contrataremos una canguro.

Él – Nunca me había dado cuenta hasta qué punto la natalidad tenía un efecto tan directo sobre el empleo.

Ella – Y sobre el consumo...

Él – Pañales, leche maternizada, juguetes, curas médicas...

Ella – Nuevo coche...

Él – Tienes razón. Este niño es capaz de sacar al país de la crisis...

5 – Definición del amor (por lo que no es)

Él (*a una interlocutora imaginaria*) – ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? Veinte años, por lo menos, ¿no? (*Silencio*) ¿Por qué nunca hemos follado juntos? Nos caemos bien, ¿verdad? Incluso hubiéramos podido casarnos. Es raro, te veo un poco como una ex-novia. Aunque nunca hemos salido juntos... Por poco, una vez. ¿Te acuerdas? Habías intentado emborracharme. O al revés, no sé. Acabamos en tu casa totalmente borrachos. Nos morimos de risa toda la noche, pero nos olvidamos de follar. Quizás por eso. Porque nos caemos tan bien. Le faltaría algo de pimienta. Nos aburriríamos, a la larga. De verdad, nos reímos mucho cuando estamos juntos, pero... No me imagino follar con una chica que se ríe. Bueno, hay reír... y reír. Puedo hacer reír a una chica para follar con ella. Pero follar con una chica que me hace reír... No, si me acostara contigo tendría la impresión de acostarme con un amigo. Una amiga, si prefieres. Además, no me gustan las rubias. Sí, lo sé. No eres rubia. Pero lo eras cuando te encontré... ¡No sabía que no era tu color natural! No es que no me gusten la rubias, pero... Depende. Será el color. Eras demasiado rubia. las chicas demasiado rubias, no sé, me dan asco, un poco. Físicamente. No sé porqué... Tendrá algo que ver con la piel. Y ahora ya es tarde. Siempre te imaginaré en la piel de una rubia que se tiñó el pelo para ser morena. Además, no eres exactamente morena, ¿verdad? Castaña tampoco. ¿Cómo decirlo? No es ni rubio, ni moreno. No es que no me gustes, ¿eh? Además, gustas a todos los tíos. Habitualmente, eso es más bien incitativo... Pero en este caso, no. No, no alcanzo a decir exactamente por qué nunca se me antojó acostarme contigo... Debe ser esto, el amor... Quiero decir el “no sé qué” haciendo que a dos personas les dé la gana de follar juntos, o más adelante si se caen bien. ¡Fíjate! ¡Hemos conseguido definir lo que es el amor! Bueno, por lo que no es... Ahora, ¿por qué me he casado con mi mujer y no contigo, o con cualquier otra? Vete a saber. Bueno, para empezar, a ella le gustaba. Era más fácil. Si no le hubiera gustado, ¿hubiera yo insistido? Y si hubiera insistido, ¿le hubiera gustado a ella o no? ¿Quién sabe? El amor compartido es más simple, pero es menos... ¿Cómo decirlo? Al vencer sin peligro, uno tiene el triunfo humilde. Sin embargo, no sé lo que le habría gustado en mí. ¿Tienes una idea? Podría preguntarle, claro, pero... Si ella me devuelve la pregunta... Hay temas que más vale no tocar. Algo de misterio en la pareja no está nada mal. En fin, sin exageración tampoco. Durante un tiempo salí con una chica. Después de un año, me dejó plantado. Le pregunté porqué. Me contestó que se aburría en la cama conmigo. ¡Fíjate! ¡Un año! Es mucha discreción, ¿no? Ahora, ¿por qué salió conmigo durante un año? Ni siquiera pensé preguntarle... Algo le habría gustado de mí, ¿no? A menos que me haya mentido. Por lo que concierne a mis hazañas sexuales, quiero decir... Para vengarse... No lo digo porque me alcanzara en mi orgullo de varón, ¿eh? Me sorprendió un poco, nada más. la verdad, tengo más bien la reputación de ser un buen amante. ¿Y tú? Quiero decir, ¿y tú, de verdad, no quieres decirme por qué nunca se te antojó salir conmigo? (*Preocupado*) No tienes que contestar. ¿Eh?

6 – Reencuentro

Ella llega, con una gran sonrisa.

Ella (*alegre*) – ¿Me conoces?

Él (*volviéndose hacia ella*) – No.

Ella (*cómplice*) – Fue hace años, pero bueno...

Él – ¡Ah, sí!, quizás...

Ella (*un poco ofendida*) – ¿Quizás?

Él – Sí, sí, ya me acuerdo, sí... ¿Qué tal?

Ella – Bien. ¿Qué haces aquí?

Él – Pues, nada. ¿Y tú?

Ella (*preocupada*) – ¿He cambiado tanto?

Él – ¡Qué va! ¡No! ¿Por qué?

Ella – Hace poco no me has conocido.

Él – Perdón, es que no esperaba volverte a ver aquí.

Ella – Tú no has cambiado, ¿eh?

Él – Gracias...

Ella – ¿Pues qué? ¿Qué ha sido de tu...?

Él – Bueno... Sigue igual.

Ella – Siempre tan hablador, ¿eh?

No sabe qué decir.

Ella – ¿Has vuelto hace mucho?

Él – ¿De dónde?

Ella – ¡Pues de allá!

Él – ¡Ah, sí...! Pues... no.

Se sonríen estúpidamente, confusos.

Ella (*emocionada*) – Me ha hecho mucha ilusión volver a verte.

Él – A mí también...

Ella – Me tengo que ir... Alguien me espera...

Después de una duda.

Ella – ¿Un abrazo?

Él – Ok...

Tomándole por sorpresa, ella le besa en la boca intensamente.

Ella (*patética*) – Hasta otro día, quizás.

Él (*confuso*) – Quizás, sí...

Ella – Bueno, pues... ¡adiós, Paulo!

Ella le suelta, casi llorando.

Él – Pues, sí... Adiós.

Ella se marcha. Intercambian señas de lejos para despedirse. El se queda solo.

Él (*desconcertado*) – ¿Paulo?

7 – ¿Carpaccio o Bacon?

Una pareja admirando sobre una pared invisible algo que no se ve.

Él – ¿Panini, no?

Ella – A ver...

Ella se aproxima y, asomándose, lee el nombre del pintor inscrito debajo del cuadro.

Ella – Carpaccio.

Él – ¿De verdad?

Admiran durante algún tiempo el cuadro, antes de pasar a otro.

Ella (juguetona) – ¿Intentas adivinar?

Él – Venga...

El mira el cuadro con mucha atención.

Él – ¿Picasso?

Ella le echa una mirada para hacerle entender que no es.

Él – ¿Pissaro?

Ella – Pissaro... ¡Picabia!

Él – ¡Por supuesto! Siempre los confundo.

Pasan a otro cuadro.

Él – Ahora tú, ¿verdad?

Ella mira el cuadro con mucha concentración.

Ella – ¿Manet...?

El mira el nombre por debajo del cuadro para averiguarlo.

Él – ¡Monet!

Ella – ¡Bueno...! No es tan diferente, ¿no?

Pasan a mirar otro cuadro.

Ella – ¡Mira! Algo de Bacon...

El la echa un vistazo, sorprendido. Luego los dos miran el cuadro.

Ella – Está muy bueno, ¿no?

Él – Sí, es...

Ella – Es Bacon.

Él – Sí...

Silencio.

Ella (*pensativa*) – A veces, me pregunto...

Él – ¿Qué?

Ella – Si no supiera que es Bacon, a lo mejor lo encontraría asqueroso...

Él la mira desconcertado.

Ella – Igual para todas estas obras. ¡Si no supiera que valen millones! De verdad, imagínate que no hayas nunca oído hablar de la Gioconda. Caes en el mercado de la pulgas. Se vende por unos cientos de euros. ¿Puedes afirmar, por cierto, que la colgarías encima de tu chimenea? Esa tonta con su estúpida sonrisa...

Él lo piensa.

Él – De todas formas... no tenemos chimenea...

Ella – No, hay que reconocerlo, hemos visitado decenas de museos, centenares de exposiciones, y ni siquiera somos capaces de notar la diferencia entre una obra maestra y un mamarracho...

Él – ¿Cómo averiguarlo? No se pueden ver sino obras maestras en los museos. Lo que es una pena. En cada museo tendrían que dedicar una sala exclusivamente a los mamarrachos. El principio del test a ciegas, ¿entiendes? Para averiguar si los demás cuadros son realmente bellos o si no parecen así porque nos dicen que lo son.

Ella – Además, los museos son como las iglesias, ¿no ? Uno va allá más bien por el ambiente.

Él – Afortunadamente, no se necesita creer para practicar... Lo mismo que con el amor...

Ella le mira sin comprender.

Él – Digo, lo mismo que con el matrimonio... Mira... Nos hemos casado en la iglesia... Y sin embargo, no creemos realmente en Dios...

Silencio.

Ella – ¿Te acuerdas de nuestro viaje de bodas en París? Me habías llevado al Museo Picasso...

Él (*nostálgico*) – Sí...

Ella – Estábamos tan emocionados... Y hasta la mitad del recorrido no nos dimos cuenta que no era el Museo Picasso, sino el Museo de Carnavalet...

Él – Sí... Los dos quedan en el mismo barrio. Y la verdad que por fuera se parecen mucho...

Ella (*sonriendo*) – Empezaba a preguntarme por qué los preliminares duraban tanto...

Él – ¿Los preliminares...?

Ella – Quiero decir, Picasso... Su primer periodo...

Él – ¡Ah, sí...!

Silencio. Empiezan a irse.

Ella – ¿Has oído hablar de ese artista que pinta los fondos marinos?

El no comprende muy bien.

Ella – Se pone un vestido de hombre rana, planta su caballete en el fondo del mar y pinta corales.

Él – No... No lo conozco a ese. ¿Y cómo está?

Ella – Pues, bien...

8 – Desaparición

Una pareja sentada en el sofá. No dicen nada y parecen aburrirse. El se pone a buscar algo, sin encontrarlo.

Él – ¿Has visto el mando de la tele? Ha desaparecido...

Ella le mira sorprendida.

Ella – Pero... ¡si ya no tenemos televisión!

Él – ¡Ah, sí, por supuesto...!

Silencio.

Él – ¿Qué harías tú si algún día llegara a desaparecer?

Ella le mira otra vez, desconcertada.

Ella – Quieres decir... ¿cómo el telemando?

Él – Como el telemando... ¡Si desapareciera! Definitivamente...

Ella – ¿No te sientes bien?

Él – Sí, sí, me siento muy bien. Es sólo una hipótesis.

Ella – ¿No tienes una hipótesis más divertida?

Él – Soy más viejo que tú... Lógicamente, me iré antes.

Ella – Sólo tenemos tres años de diferencia...

Él – ¡Las mujeres viven más tiempo que los hombres! Además, puedo tener un accidente. Un ataque al corazón. Un cáncer.

Ella – ¡Yo también!

Él – Sí, pero soy yo quien preguntó primero.

Ella – Pues... no sé. Ya veremos. Me queda tiempo para pensarlo, ¿no?

Él – Más vale prevenir que curar...

Ella le mira desconcertada.

Él – Sea lo que sea, más vale que lo sepas. Prefiero ser incinerado.

Ella – ¿A qué me dices esto ahora?

Él – Pues... no te lo voy a decir después, ¿verdad? *(Un tiempo)* Es mi obsesión, esto. Ser enterrado vivo. ¿Y tú?

Ella – No debe ocurrir a menudo.

Él – Basta que ocurra una vez, ¿no?

Ella – Y ser quemado vivo, ¿no te asusta?

Él le mira con inquietud.

Él – Nunca se me había ocurrido... *(Un tiempo)* ¿Crees que habrá una vida después de la muerte?

Ella – No sé si realmente es algo que desear...

Él – Por lo que es por el dinero, no tendrías porqué preocuparte, lo sabes...

Ella – ¿Por si acaso hubiera una vida después de la muerte?

Él – ¡Por si fuera a desaparecer!

Ella – ¡Ah, sí...! Pues... no estaba preocupada.

Silencio.

Él – Si quisieras volverte a casar, claro, lo entendería muy bien...

Ella – Gracias.

Él – Bueno, por lo tanto, tampoco es una obligación casarte con él...

Ella – ¿Él?

Él – ¡El tipo ese! Con quien vivirías si llegara yo a desaparecer. Más vale conservar tu independencia.

Ella – ¿Mi independencia?

Él – Es raro... No consigo imaginarte viviendo con otro...

Ella *(ofendida)* – ¿Crees que nadie querría vivir conmigo?

Él – Sí, sí. Por eso. A decir verdad... creo que tendría celos.

Ella – ¿Cuando hayas muerto tendrás celos?

Él – Sí...

Ella – ¿Y si desapareciera antes?

Él *(de mala fe)* – Pues nunca lo había pensado. *(Un tiempo)* Si me volviera yo a casar, ¿te enfadarías?

Ella – No estaría aquí para verlo.

Él – Sí, pero... ¿tendrías celos...?

Ella le mira, sospechosa, pero no contesta.

Él – ¿Con quién me imaginarías?

Ella – Quieres que te presente una amiga mía, por si acaso. ¿Es eso?

Él – Pues... para lo niños, están los padrinos y las madrinas... Para los diputados, igual, están los suplentes. Si uno muere o dimite, hay en seguida un sustituto. Todo está previsto...

Ella – Sí... y para los coches, hay las ruedas de recambio... (*Sospechosa*) ¿No me estarás diciendo que ya me has encontrado una sustituta...?

Él – Pues no es tan fácil, fíjate.

Silencio.

Él – Lo bueno de la bigamia es que en caso de defunción uno es viudo sólo a medias.

Ella le mira atónita.

Ella – Sí...

9 – Él mundo del deporte

Ella lee una revista femenina. Él se aburre y, después de un momento, abre un periódico de deportes. Ella lo nota, con sorpresa.

Ella – ¿Compras la prensa deportiva ahora?

Él – ¿Y porque no iba a comprar la prensa deportiva?

Ella – Y... ¿piensas leerla?

Él – Voy a echar un vistazo... Para saber...

Ella – ¿Saber qué?

Él – No sé. Todos los tíos leen esto en el metro. Quería saber lo tan apasionante que hay en esto.

Ella – ¿Y lo has encontrado?

Él – No...

Ella parece desconcertada.

Ella – ¿Te interesa el deporte?

Él – Muy poco...

Ella – Pues... no es tan raro que no te interese leer la prensa deportiva...

El cierra su periódico.

Él – Bueno... Interesarse por el deporte es una cosa. De ahí a sentir cada mañana el imperioso deseo de saber si el Barcelona ganó al Bratislava 3 – 2 o si fue un empate... Ni siquiera sé dónde queda Bratislava...

Ella – ¿No es la capital de Eslovaquia...?

Él – ¿Cómo sabes eso?

Ella – O de Eslovenia...

Él – ¿Eslovenia? ¿Seguro que tienen un equipo de fútbol? ¿No es muy grande, no...?

Ella – Bueno, tampoco es El Vaticano.

Él – ¿El Vaticano tiene equipo de fútbol?

Ella hace una mueca para decir que no lo sabe. El vuelve a leer su periódico deportivo.

Ella – ¿Y a qué te preocupa tanto, de repente, saber por qué los hombres leen la prensa deportiva?

Él – Será que necesito comprobar mi virilidad...

Ella – Pues... ¡Por poco!

Él – Muchas gracias...

Ella (*para tranquilizarle*) – Vamos. Uno puede ser hombre sin leer un periódico deportivo.

Él – ¿Tú crees?

Ella lo piensa.

Ella – No sé... ¿Quieres que te suscriba a una revista de coches?

Él la mira, preguntándose si le está tomando el pelo o no. Ella vuelve a leer su revista femenina.

Él – ¿Y tú?

Ella – ¿Yo qué?

Él (*hablando de la revista*) – ¿Qué encuentras tan interesante en esas tonterías?

Ella le mira.

Ella – Las lees también...

Él – Bueno... Solo en plan de broma.

Ella – Pues yo no leo la prensa deportiva. Ni en plan de broma...

Él (*perturbado*) – ¿Me encuentras afeminado, es eso?

Ella – ¡Qué va, pero no! Además, todos los hombres leen las revistas femeninas de sus mujeres. Es muy conocido. ¿Por qué te crees que hay tanta publicidad para coches en esas revistas?

Él (*pensándolo*) – Es cierto que no hay mucha publicidad de lavadoras en los periódicos deportivos.

Ella – Aunque el fútbol ensucia mucho... Basta con ver el número de futbolistas que salen en los anuncios de detergentes.

Ella intenta volver a leer su revista, pero nota que él sigue preocupado.

Ella – ¿Todavía queda algo que te preocupe?

Él – No... Solo pensaba en la diferencia entre los hombres y las mujeres...

Ella – Sí...

Él – Mira la ropa, por ejemplo... El pantalón ya no es el atributo exclusivo del hombre, mientras que la falda sigue estando reservada a la mujer.

Ella le mira incrédula.

Él – Con los colores igual. Podéis llevar tanto gris como rosa. Nosotros solo tenemos derecho al gris. O al marrón... Os quejáis de que no nos gusta ir de tiendas... Pero, ¿os dais cuenta de la tristeza de una tienda de zapatos masculinos?

Ella (*preocupada*) – ¿Queríais poneros una mini-falda con tacones de aguja?

Él – ¡No! ¡Es una simple constatación! Tuvimos que compartir el mejor de nuestros atributos masculinos y ¿qué hemos recibido en compensación? (*Abre con rabia su periódico deportivo*) ¡Al menos nos queda la prensa deportiva!

10 – ¿A dónde va uno cuando ha muerto?

Ella y él están sentados en el sofá.

Él – ¿Ya pasó el cartero?

Ella – ¿Esperas algo?

Él – Nada en particular... pero siempre espero un milagro al abrir el buzón. Me dirán que gané un concurso en el que no participé. Que una vieja tía muy rica, que no sabía que tenía, ha muerto sin heredero. Que el Nobel me fue atribuido con anticipación para premiar mi obra futura... Cada día, al abrir el buzón, me siento como un niño delante del árbol el día de Navidad.

Ella – Sí... al envejecer uno ya no cree en el Papá Noel pero sigue creyendo en el cartero. Además hay similitudes... Los dos llevan uniformes. Vienen con una mochila. Te llevan sorpresas que abrir y no se ven ni el uno ni el otro...

Él – Bueno, al cartero, precisamente, lo ves por Navidad. Cuando viene a por su regalo de Año Nuevo... (*Suspiro*) Odio la Navidad. Cada año hay menos cartas de Navidad en el buzón y más esquelas de defunción. ¿Pero por qué espero al cartero como si fuera el Mesías...? Bueno, el padre del Mesías era probablemente cartero, ¿no? Porque ese cuento de la Inmaculada Concepción... A menos de creer también en Papá Noel...

Ella – Para recibir cartas tienes que escribir algunas. la mayoría de la gente solo recibe respuestas. Si no envías nada, claro que no recibes nada... Creo que nunca recibí una carta de ti...

Él (*irónico*) – ¿Quieres que nos escribamos de vez en cuando?

Ella le mira molesta.

Él – ¿Que podríamos decirnos? Sería como escribirme a mí mismo, ¿no? De todas formas, cuando uno escribe, es siempre más o menos a si mismos. Hay gente a quienes escribes cartas interminables... Cuando les ves, te das cuenta que no tienes nada que decirles. Es muy onanista escribir...

Ella se sirve una copa y enciende un cigarrillo.

Él – ¿Fumas ahora?

Ella (*sorprendida*) – Sí... hace veinte años más o menos. ¿Nunca lo habías notado?

Un tiempo.

Él – Sabías que cada cigarrillo acorta la vida unos diez minutos? (*Ella no contesta*)
¿Cuántos cigarrillos fumas tú al día?

Ella (*irónica*) – Según lo que he calculado, tendría que haber muerto hace seis meses.
¿Qué raro, no?

Él – Igual con el móvil, ¿verdad? No es muy bueno para la salud. Dicen que más allá de un cuarto de hora al día puedes estar seguro de contraer un tumor en el cerebro. Mejor no tener una oferta ilimitada... *(Un tiempo)* A propósito, ¿sabes lo que me ha preguntado tu hija esta mañana mientras yo me estaba lavando los dientes?

Ella – No.

Él – ¿A dónde va uno cuando ha muerto?

Ella – ¿Y qué le has dicho?

Él – ¿Qué crees que le he dicho?

Ella – No sé.

Él – Pues eso. Le he dicho que no sé.

Ella – ¿Y qué?

Él – Me dijo: Pero papá, ¿cuando uno se muere va al cementerio!

Ella – ¿Y luego?

Él – Luego volvió a comer sus cereales. Parecía muy contenta de haberme enseñado algo. Y un poco sorprendida de que a mi edad todavía no sepa eso... Increíble, ¿no?

Ella – ¿Que te haya preguntado esto?

Él – Esa capacidad de los niños para aceptar explicaciones simples a interrogaciones simples. Un profesor de Filosofía hubiera hablado de metafísica, de trascendencia, todo el rollo... De Dios, en el peor de los casos. Los niños son mucho más pragmáticos. Además, son naturalmente ateos.

Ella – Creen en Papá Noel.

Él – Bueno... porque sus padres les dicen que va a traerles regalos. Si no, no se les hubiera ocurrido inventarle. Si a ti te dijeran que un bienhechor anónimo iba darte un sobresueldo cada año por Navidad, no tendrías prisa por cuestionar su existencia. Pero Dios nunca nos ha traído nada por Navidad y, a pesar de todo, unos adultos siguen creyendo que existe... ¿Tú crees que existe?

Ella – ¿Papá Noel?

Silencio.

Él – Lo increíble también es que no le de miedo la perspectiva de acabar enterrada. A nosotros nos aterroriza, ¿no? ¿Por qué a ella no le asusta? Tendré que preguntarle esta noche lo que entiende exactamente por “cuando uno se muere va al cementerio”... *(Un tiempo)* ¿Qué crees tú?

Ella le mira desconcertada.

Él – Quiero decir : ¿Qué crees que ella entienda por esto?

Ella – Pues... esto.

Él – ¿Cómo esto?

Ella – Cuando uno se muere va al cementerio.

El la mira sorprendido.

Él – ¿Así que tú también crees esto?

Ella – ¿Por qué? ¿No te lo crees?

Él – Sí... pero...

Se ríe.

Él – Espera. ¡No me digas que para ti también es tan sencillo!

Ella – Pues... en cierta manera, sí.

Él la considera con una sonrisa condescendiente.

Ella – Hace un rato encontrabas maravilloso no comerse el coco. Estar contento con explicaciones simples a cuestiones complicadas.

Él – Sí, pero... ¡no tienes cinco años!

Ella – Pues vamos. Te lo pregunto: ¿A dónde va uno cuando ha muerto?

El parece cogido desprevenido.

Él – Bueno... no es tan simple como parece, ¿no?

Ella – Te estoy escuchando...

Él – No sé, es.. la cuestión del sujeto...

Ella – ¿la cuestión del sujeto...? Mejor dirías el sujeto de la cuestión...

El parece desamparado.

Él (*pensándolo*) – ¿A dónde va uno cuando ha muerto? No va a ninguna parte.

Ella – Pues sí...

Él – Bueno, si quieres.

Ella – Incluso si no quiero...

Él – No, pero... uno va al cementerio... ¡no significa nada! También puedes ir al cementerio estando vivo. Dar un paseo, volver a salir e ir al bar a tomar una copa. ¿Qué quiere decir ir al cementerio? Además, puedes muy bien morir y no ir al cementerio. ¡Si no encuentran el cadáver! En este caso no se puede decir: cuando uno muere va al cementerio. ¡Ya ves que no es tan simple como parece!

Ella – Muy bien... y si tu hija vuelve a preguntártelo, ¿qué le vas a decir?

Él – Pues... no sé... le diré:... cuando uno muere va al cementerio... generalmente. Si encuentran el cadáver... Los vivos también pueden ir al cementerio, pero... cuando uno ha muerto es definitivo.

Ella (*consternada*) – Sí...

11 – La temporada de lluvias

Él está aquí, no muy despierto. Ella llega, llena de energía.

Ella (*hacia la sala*) – ¿Has visto? ¡Han vuelto!

Él – ¿Quiénes?

Ella – ¡Los espectadores!

Él la mira con cara de cansancio.

Él – Sí...

Ella – ¡Hoy me siento llena de energía! Dormí muy bien esta noche.

Él – Me alegro...

Ella – Hay días así... Me levanté con el pie derecho.

Él – Mmm...

Ella – ¡Tengo tanta hambre! ¿Y tú?

Él – No...

Ella – Siento como si hubiera tomado anfetaminas. Debe ser la primavera. ¿Tú no te sientes así?

Él – No lo sé... Nunca tomé anfetaminas...

Ella – Un rayo de sol y ¡zas! Veo la vida de color de rosa.

Él – Tienes suerte.

Ella – Debería haber nacido en un lugar donde haga buen tiempo todo el año.

Él – ¿Existe eso?

Ella – En los trópicos.

Él – Hay una temporada de lluvias.

Ella – ¡Ah, sí!

Él – Dura seis meses.

Ella – ¡Tanto tiempo!

Él (*señalando a los espectadores*) – ¿Por qué crees que todos van a la Costa Brava en agosto? En los trópicos, hace buen tiempo en invierno. En verano, hace mal tiempo.

Ella – Al menos, hace buen tiempo la mitad del año, y sabes cuándo. Es más organizado que aquí. Allí, no te preguntas todas las mañanas si debes llevar el paraguas o no. Y cuando lo llevas, sabes que es para seis meses.

Él – En la Antártida es igual. El año se divide en dos. Es de día en verano y de noche en invierno.

Ella – Siempre tienes la opción de hibernar, como los osos polares.

Él – Sí... Pero ahora, con el deshielo... Te acuestas a finales de octubre y despiertas el 1 de abril flotando en un iceberg frente a las Islas Canarias...

Ella suspira.

Ella – ¿Y un país donde haya 365 días de verano, con el invierno repartido en las 365 noches, no existe? Nos da igual que haga buen tiempo de noche. Estamos durmiendo.

Él – No existe.

Ella – Debería haber nacido en otro planeta.

Él – A veces me pregunto si no es el caso...

Un momento. Observan el horizonte.

Ella – Parece que se está nublando, ¿no?

Él – ¿Tú crees...?

Ella – Mira esas nubes grandes allí. El viento las está trayendo hacia nosotros.

Él – Vivimos en un clima templado... En términos meteorológicos, eso significa que lo peor siempre es posible. E incluso probable a corto plazo.

Ella – El clima... ¿Lo has oído? Ya no hablan en grados Celsius o Fahrenheit, sino en temperatura sentida... ¿Sentida por quién? ¿Por los frioleros como yo o por aquellos que nunca tienen frío? ¿Por las que olvidaron ponerse un suéter o por los que llevan su ropa térmica...? Me gustaría saber qué termómetro mide eso, la temperatura sentida...

Él – Es como el estado de ánimo de los españoles... Dicen que perdimos dos puntos esta semana.

Ella – Eso me deprime.

Él – Ahí viene la lluvia.

Ella – Prefiero no verlo... Voy a llamar a mi madre para saber si hace buen tiempo en Londres.

12 – Carnicería

Él, sentado en el sofá, mira fijamente al vacío. Ella llega y lo nota.

Ella (*desconcertada*) – ¿A qué miras así?

Él – Pues... estoy mirando la tele.

Ella – ¡Pero si ya no tenemos!

Él – Si, ya lo sé, pero... es como si me hubieran amputado las piernas y siguiera sintiendo un hormigueo en los pies....

Ella se siente a su lado.

Ella – Es raro, he recibido hoy una llamada para ti en el móvil...

Él – ¡Ah sí, perdón!, se me había olvidado avisarte. Dejé el número de tu móvil en mi contestador automático, para que puedan contactarme durante las vacaciones...

Ella – ¿Las vacaciones? ¡Pero si nos marchamos sólo la semana que viene!

Él – Pues... así tendrán el número.

Ella (*consternada*) – ¿El número de mi móvil? ¿Y mientras tanto, durante toda la semana, recibiré llamadas para ti...?

Él – ¿Y qué...? Les dices que me vuelvan a llamar...

Ella – ¿No crees que sería más simple que te compres uno?

Él – ¿Un móvil? ¡Vaya...! Cuando salgo de casa es para estar tranquilo. No quiero que me acosen...

Ella – ¡Claro! Si soy yo la que recibe tus llamadas profesionales... Estaba en medio de una reunión pedagógica cuando me llamaron para saber de tu artículo: ¿Prohibir o no el tanga en el colegio? ¿Crees que no me molesta a mí?

Él – ¿No desconectas el móvil cuando tienes una reunión?

Ella (*irónicamente*) – Pues lo siento, se me había olvidado... ¡Vamos! Un móvil es algo muy personal. No se puede prestar. Incluso entre marido y mujer. No sé... ¡Es como un cepillo de dientes!

Él – ¿Un cepillo de dientes? Pues... si quieres utilizar mi cepillo de dientes durante las vacaciones, no hay ningún problema...

Ella – ¡Un ordenador, si prefieres! ¿Me dejarías utilizar tu ordenador si yo no tuviera?

Él prefiere no contestar.

Ella – ¿Y después de la vacaciones?

El hace que no entiende la pregunta.

Ella – ¿Seguiré recibiendo llamadas para ti? Suerte que no tengas nada que esconder...

Él – Después de la vacaciones les diré que lo perdí, ese maldito móvil. O que me lo robaron. Ocurre muy a menudo...

Ella – ¡Perfecto! Y si me llaman, sin embargo, me tratarán de ladrona... ¿Recuerdas que es mío, este móvil?

Él – Bueno, pues... me lo dejas y te vuelves a comprar uno... Y así se arregla todo...

Ella – ¿Y la gente que quiere llamarme a mí, qué?

Él – Les daré el número de tu nuevo móvil, ¡y ya está!

Ella – Claro, es mucho mas fácil que comprarte directamente un móvil para ti. *(Sospechosa)* No será acaso para evitarte esa molestia que intentas colonizar el mío?

Están a punto de pelearse. Se dan cuenta y hacen un esfuerzo para calmarse. Silencio.

Él – ¿Sabes cómo me llamó el carnicero esta mañana?

Ella aparentemente no tiene idea.

Él – “El señorito”... *(Imitando el carnicero)* “¿Y el señorito, qué desea?” Es la primera vez que me llama así...

Ella – ¡Mmmm...! Es el equivalente masculino de “¿Y qué le pongo a la señorita?”.

Él – ¿Da susto, no? Que el carnicero pueda vernos como “el señorito y la señorita”. Suerte que no vamos de compras juntos. Fíjate si nos dijera “la parejita”. *(Imitando otra vez el carnicero)* “¿Y la parejita, qué desea?”. Me vuelvo vegetariano enseguida. *(Un tiempo)* La carne siempre me ha dado asco, de todas formas. ¿A ti no? *(Ella, que ha vuelto a su libro, no contesta)* El pollo, a lo mejor... De verdad, es espantoso, una carnicería, si lo piensas. Esa carne sangrienta expuesta por todas partes. Esas piezas en canal en la cámara frigorífica. Todas estas vacas inocentes que encierran en el campo detrás de alambre de púas, o incluso electrificado. Antes de conducir las al matadero y desmembrarlas... ¡Qué horror! Por los menos, los animales no saben lo que les espera. Cuando les veo, esos carniceros, con sus grandes sudarios blancos sobre la cabeza, como los del Ku Klux Klan, sacando los cadáveres de sus víctimas del camión...

Ella sigue sin reacción, leyendo su libro. El se vuelve hacia ella.

Él – ¿Sabías que los sijes eran estrictamente vegetarianos?

Ella por fin levanta la mirada de su libro.

Ella – A propósito, ya no necesitas ir a la ferretería para la bombilla del cuarto de baño. Fui allá esta tarde. *(Un tiempo)* Me encontré a la vecina. Estaba comprando una maleta...

Él la mira sin entender. El móvil de ella llama.

Ella – ¿Sí...?

Ella cambia de expresión.

Ella (*con amabilidad afectada*) – No, soy su secretaria, pero no se retire, le pongo en comunicación con él enseguida. ¿A quién tengo que anunciar...? (*Ella le da su móvil, furiosa*) Para ti. Tu madre...

El coge el móvil como si nada.

Él – ¡Dígame...!

Pero no sabe utilizar el aparato.

Él – ¿Cómo funciona esto...?

13 – Un par de viejos

Ella está en el jardín, despidiéndose de su hija, que no se ve. Él está un poco atrás, observando la escena de despedida con una sonrisa en los labios.

Ella – Vamos, diviértete. Pero no hagan tonterías. Y no me la traigas muy tarde, ¿vale? Confío en ti.

La hija se va, y la pareja regresa al centro del escenario, intercambiando una sonrisa llena de insinuaciones, a la vez divertida y conmovedora.

Ella – Su primera salida con un chico...

Él – Eso nos hace sentir más viejos.

Ella – Sí...

Un momento.

Él – ¿Cómo se llama, de nuevo?

Ella – Francisco.

Un momento.

Ella – Es extraño, ¿verdad?

Él – ¿Qué?

Ella – Que se llame Francisco Augusto.

Él – Yo me llamo Juan Sebastián.

Ella – ¡Exacto! Es un nombre de viejo...

Él – Tal vez sea un viejo pervertido disfrazado de adolescente con acné. Como los que vemos en la televisión en los anuncios sobre los peligros de Internet. A estas alturas, probablemente esté quitándose la máscara.

Ella (*volviéndose*) – No bromees con eso...

Él – O tal vez sus padres son de extrema derecha. Por eso lo llamaron Francisco Augusto. Francisco, como Franco. Augusto, como Pinochet.

Ella – Tus padres te llamaron Juan Sebastián, y no tocaban el piano.

Él hace un gesto para reconfortarla.

Él – Vamos, tendrás que acostumbrarte. Esto es solo el comienzo. En uno o dos años, nos encontraremos solos en casa, como un par de viejos.

Ella – Gracias. Eso es exactamente lo que necesitaba para animarme...

Él (*juguetero*) – He preparado una sorpresa para ayudarte a superar este momento difícil.

Ella – ¿Me estás invitando a cenar?

Él – Algo mejor.

Saca un porro de su bolsillo y se lo muestra.

Ella (*tentada pero indecisa*) – No... ¿Tú crees? Hace al menos quince años que no fumo, ni siquiera un cigarrillo. La última vez que intenté fumar un Marlboro Light, pensé que iba a morir de una sobredosis...

Él – Nos recordará nuestra juventud. Y recuerda que fumamos nuestro primer porro juntos. ¿Estaríamos casados hoy si no hubiéramos estado completamente colocados cuando nos conocimos?

Ella – Probablemente no...

Él enciende el porro, inhala con avidez y se lo pasa.

Él – Guau... Esto está bien...

Ella también da una calada al porro y parece estar en el cielo. Pero de repente, su sonrisa de felicidad se desvanece.

Ella – ¿Y si le ofrece drogas...?

Él – Llamándose Francisco Augusto...

Ella – Te llamas Juan Sebastián, y fuiste tú quien me hizo fumar mi primer porro.

Él – Quizás esto termine en matrimonio... Vamos, relájate un poco...

Ella – Tienes razón... De todos modos, no podemos hacer nada... Tendremos que vivir con eso...

Él – ¿Quieres decir vivir sin ella?

El teléfono suena. Ella toma otra calada del porro, se lo pasa a su esposo y responde con desgano, mientras él también toma otra calada.

Ella (*confundida*) – Sí... (*Recuperándose de repente*) Sí, cariño, ¿qué pasa? ¡Oh, me asustaste! Pensé que habían tenido un accidente... Sí, entiendo. Pero bueno, es menos grave que un accidente de coche. ¿No quieres ir a ver la película de todos modos? Te distraerá... No sé, ¿no quieres preguntarle a una amiga si te acompaña...? Sí, claro, ven. Hablaremos de ello. Vale, te esperamos...

Ella cuelga.

Él – ¿Qué pasa?

Ella – La dejó Francisco Augusto...

Él – No me caía bien ese tipo... Tenías razón. Francisco Augusto es realmente un nombre tonto...

Ella – Por supuesto, está devastada... Su primer desamor...

Él – Bueno, no es tan grave... No será el último... *(Le ofrece el porro)* Toma, mejor fuma esto. Es de puta madre...

Ella *(ignorando el porro)* – Ya viene... Soy su madre... Tendré que consolarla... Oh, mierda, me siento mareada... Tengo ganas de vomitar... ¿Por qué me hiciste fumar esta mierda...?

Él parece completamente colocado y sonríe como un tonto.

Él – A mí me sienta de maravilla. No tienes idea...

Ella – Ay, Dios mío... Y ahora toda la casa huele a marihuana...

Ella intenta dispersar el humo con una revista. Llaman al timbre.

Ella – Oh, no... ¡Es ella!

Él – Maldición... ¿No podía esperar hasta después de la película para dejarla? Pensé que finalmente pasaríamos una noche tranquila, por una vez...

Ella – Bueno, no será pronto...

Vuelven a llamar al timbre.

Ella – Abre las ventanas para ventilar un poco. Intentaré retenerla en el rellano un rato... *(Vuelven a llamar.)* Sí, sí, ya voy, cariño... *(Ella se vuelve una última vez hacia él, que todavía tiene el porro en la boca.)* ¡Y apaga esa porquería, por el amor de Dios!

14 – Pesadilla

El entra con una peluca rubia y un balón de fútbol. Ella llega después, por detrás, con una chaqueta de hombre y un bigote como el de Hitler o Chaplin.

Ella – ¡Guten Tag...!

Él se sobresalta al descubrirla.

Él – Pero... ¿quién es?

Ella – Soy la canguro.

Él parece aterrado. Ella saca un paquete de cigarrillos.

Ella (tendiéndole el paquete) – ¿Fumas?

El esta a punto de coger el cigarrillo que le ofrece, pero renuncia prudentemente.

Él – No, gracias.

Ella – Natürlich. Está prohibido fumar... Hay un cenicero, pero no significa nada. Es solo para que los contraventores no quemen la moqueta... Siempre lo mismo. Hacen leyes, pero también prevén algo en caso de que no sean respetadas... (*Saca un paquete de chicle*) ¿Quieres un chicle?

Él – Me hincha un poco...

Ella – ¿Sabes porque los grillos del metro están en vía de desaparición?

Él – ¿Hay grillos en el metro?

Ella – O cigarras, no sé. Pues es porque esos bichos comían colillas. Ahora que esta prohibido fumar en el metro, se mueren de hambre. ¿Te das cuenta? Es todo un ecosistema que ha sido trastornado... Podrían ponerse a comer chicle. Pero los grillos, claro, no son tan adaptables como los humanos.

Él – Hace poco he visto una exposición sobre la vida animal en medio urbano. No se sabe mucho, pero hay una fauna increíble en las grandes ciudades. Dicen que incluso hay lobos. Pero centenas...

Ella – ¿Lobos?

Él – No, pero solo salen de noche. En los parques, claro... Sea lo que sea, yo nunca he visto uno...

Ella – Quizás porque los parques están cerrados de noche...

Ruido de una puerta que se cierra. El parece preocupado.

Ella – La asistenta cerró la puerta al salir... y se llevó la llave.

Él – No hay ventana... Ni siquiera podemos pedir socorro...

Ella – ¿No tienes un móvil?

Busca en sus bolsillos con ansiedad. Su cara se ilumina al sacar algo.

Él – ¡Sí! *(Deja de sonreír al constatar que no es un móvil)* ¡Ay, no! Es el telemando que estaba buscando por todas partes...

Ella – Pero no hay tele...

Él – Pues... El cartero nos liberará mañana por la mañana al traer el correo...

Ella – Mañana es Navidad...

Él – ¡Ah, sí, es verdad...! ¡Qué pesadilla...!

Ella – ¿Quieres alargarte un poco?

El le mira aterrado. Ella saca una sabana blanca.

Ella – Si tenemos que celebrar la Navidad juntos, mejor instalarse a gusto, ¿verdad? ¿Qué lado prefieres?

Él *(resignado)* – Me da igual...

Ella – Perfecto...

Ella se acuesta debajo de la sábana. El se instala también.

Ella – Pues... ¡Feliz Navidad!

Él – Sí...

Desaparecen debajo de la sabana. La luz se apaga. Después de un momento él da un grito, despertando sobresaltado, mientras la luz vuelve. Ella despierta también. El ya no tiene su peluca, ni ella su bigote.

Ella – ¿Pero qué te ha pasado?

Él – Nada, nada... Una pesadilla. He soñado que era Navidad...

Ella *(mirándole consternada)* – Pero, querido... ¡Es Navidad!

15 – Los muebles

El escenario está vacío. El está aquí. Ella llega desde fuera.

Ella (*mirando alrededor, consternada*) – Pero... ¿dónde están los muebles?

Él (*satisfecho de si mismo*) – Nunca adivinarás.

Ella le mira, esperando una explicación.

Él – Un tipo llamó a la puerta esta mañana. Un anticuario.

Ella (*inquieta*) – ¿Y qué?

Él – Primero le dije que no teníamos nada que vender.

Ella – ¿Y después...?

Él – Me dije que no costaba nada pedir una evaluación de todo esto. La estimación era gratuita. Nunca adivinarás cuánto me propuso a cambio de todas esas antiguallas.

Ella – ¿Cuánto...?

Él – Más de lo necesario para comprar otras.

Ella – ¿Por qué venderlas entonces?

Él – ¡Para cambiar un poco! Me habías dicho que querías comprar otro sofá.

Ella – ¿Y qué?

Él – Sabes muy bien que al cambiar el sofá hubiéramos tenido también que comprar otra mesa que correspondiese. Luego cambiar la sillas también, etcétera...

Ella – Bueno, quizás...

Él – ¡Nos hubiera costado un montón! ¿Y qué hubiéramos hecho con nuestros muebles de antes?

Ella no contesta.

Él – Así es mucho más simple.

Ella – ¿Y mientras tanto qué?

Él – ¿Mientras qué?

Ella – Que volvamos a comprar otros muebles...

Él mira alrededor, al escenario vacío.

Él – Personalmente, nunca me han gustado mucho las habitaciones sobrecargadas.

Ella – Pues seguro que ahora no está sobrecargado.

Él – ¿No estás contenta?

Ella – ¿De no tener muebles...?

Él – ¡Pero tú me dijiste que ya no te gustaba ese viejo sofá!

Ella – ¡No te he dicho que no quisiera muebles! ¡Ya ni siquiera tenemos una cama!

Él – Pero acabo de explicarte que... ¡Pensé agradarte!

Ella (*conciliadora*) – Bueno, vamos al restaurante esta noche. Dormiremos en un hotel y mañana volvemos a comprar muebles ¿De acuerdo?

Él – De acuerdo...

Silencio.

Él – Nos queda escoger el estilo.

Ella – Si tenemos que cambiar, vamos por el moderno, ¿no?

Él – Sí... pero en ese caso, tendremos que repintarlo todo...

Ella – Eres demasiado perfeccionista, ¿no te parece?

Él – Muebles modernos con estas pinturas descoloridas, va a chocar...

Ella (*irónica*) – Y si cambiamos de piso de una vez.

Él – ¿Tú crees? (*Un tiempo*) Mira, por lo menos, no costaría mucho mudarse... Ya no tenemos muebles. Cerramos los contadores del agua y la electricidad, nos vamos, y ni siquiera tenemos que volver.

Ella de repente tiene una duda.

Ella – ¿Pensaste en vaciar los cajones?

Él – Claro.

Ella – ¿Y tu alianza?

Él – ¿Mi alianza?

Ella – ¡La que guardabas en el cajón de la mesa de noche!

Él – ¡Joder...!

Ella no dice nada, pero se nota que está muy afectada. El está muy mal también.

Él – Hacía tanto tiempo que estaba allí. Ni siquiera me acordaba...

Silencio.

Ella – ¿Tienes la dirección de este anticuario?

Él – No... Me pagó en efectivo, lo puso todo en el camión y se fue. (*Un tiempo, sin convicción*) Si la encuentra nos llamará...

Ella (*amarga*) – Claro... Y si no la encuentra, siempre podrás cambiar de mujer... Escoger una más moderna, que se armonice mejor con las nuevas pinturas y los nuevos muebles.

Él – Lo siento...

Ella – ¿Y por qué nunca la llevaste, tu alianza?

Él – ¡La llevé! (*Un tiempo*) Antes de casarnos... ¿Te acuerdas? Había comprado esos anillos en un bazar en El Cairo. Para hacer creer que ya estábamos casados. Si no, en los hoteles no querían alquilarnos una habitación.

Ella – Ya que has vendido los muebles, incluso la cama matrimonial, sí que tendremos que ir al hotel esta noche...

Él – No te preocupes. Aquí no nos preguntarán por la partida de matrimonio.

Ella – ¿Y después de casarnos? ¿Por qué la dejabas en la mesa de noche?

Él – Pues... por miedo a perderla.

Silencio.

Él – ¿Sigues enfadada...?

Ella no contesta.

Él – ¡Vamos!

Ella – ¿A dónde?

Él – ¡Al hotel! Será como otro viaje de bodas... ¡No más alianzas, no más muebles, pronto no más piso! ¡Volvemos a empezar de cero!

Ella – Yo todavía la tengo, mi alianza...

Él – Pues mejor quitártela.

Ella – ¿Y por qué?

Él – Pareces casada. Yo no. En el hotel van a creer que se trata de un adulterio...

Ella – Me dejas escoger entre la soltería y una relación ilegítima. ¿Es eso?

Se van.

Ella – Tienes una idea un poco rara del matrimonio...

Salida de emergencia

El proyector alumbra a una pareja en la sala. Él se pone su abrigo. Ella saca un cigarrillo.

Ella (*entusiasta*) – ¿Pues qué?

Él (*categorico*) – Nulo.

Ella (*ofendida*) – ¿Nulo?

Él – Totalmente nulo.

Ella – ¿Así que no has entendido nada?

Él – ¿Por qué, había algo que entender?

Ella – ¡Ah, ok., claro...!

Él le echa una mirada interrogativa.

Ella – Te vengas...

Él – ¿Me vengo...?

Ella – Esto me gustó, pues a ti no te gusta... Es ruin, ¿no?

Él – Pero si no me ha gustado, ¡no te voy a decir que me ha gustado solo para complacerte!

Ella – No has dicho que no te gustara, has dicho que es nulo. No es exactamente igual...

Él – No veo mucho la diferencia, pero bueno...

Ella – Es nulo, me gustó, pues soy nula.

Él – Lo dices tú...

Ella – No. Lo dice Platón.

Él – ¿Platón dijo que eras nula?

Ella – Se llama un silogismo. Todas las mujeres son mortales, soy una mujer, pues soy mortal.

Él – Si Platón lo dice... A mí, es esta nulidad lo que me pareció mortal. (*Un tiempo*) Además, no estoy seguro de que sea muy válido tu silogismo.

Ella – Muy bien. Vaya. Continúa...

Él – ¿Pero qué te gustó de esto exactamente?

Ella – ¡Todo!

Él – Es vago, ¿no?

Ella – ¿Y tú? ¿Qué es lo que no te ha gustado?

Él – Más vale que no entre en los detalles. Volverías a enfadarte...

Ella – ¿Yo? ¿Enfadarme? Espera, a mí me da igual que te haya gustado o no. A mí me gustó, y ya está. Lo siento por ti si te has aburrido...

Silencio.

Él – No vamos a pelear por esto...

Ella – A veces me pregunto lo que hacemos juntos.

El la coge por la espalda.

Ella – Espero que la próxima vez nos guste a los dos...

Él – O por lo menos que tengamos la misma opinión...

Ella le echa una mirada interrogativa.

Él – Quizás nos fastidiemos los dos.

Ella – Sí... Es minimalista, esa visión de la armonía en la pareja...

Se van.

Oscuridad.

El autor

Jean-Pierre Martinez es autor teatral y guionista francés de origen español. Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, sube al escenario primero como baterista en diversos grupos de rock, antes de hacerse semiólogo para la publicidad. Luego trabaja como guionista para la televisión, y vuelve al teatro como autor. Ha escrito más de 60 guiones para distintas series de la televisión francesa, y 108 comedias para el teatro. Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia, y varias de sus obras han sido ya traducidas en español y en inglés.

Es licenciado en literatura española e inglesa (Sorbonne), en lingüística (Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales), en economía (Institut d'Études Politiques de Paris), y en escritura de guiones (Conservatoire Européen d'Écriture Audiovisuelle). Jean-Pierre Martinez ha escogido ofrecer todos los textos de sus obras para descargar gratuitamente en su web :

<https://comediatheque.net/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español:

Comedias para 2

Cara o Cruz, El Joker, El Último Cartucho,
Ella y Él: Monólogo interactivo, Encuentro en el andén, EuroStar,
La ventana de enfrente, Los Náufragos del Costa Mucho, Ni siquiera muerto,
Nochevieja en la morgue, Preliminares, Zona de turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes, Crash Zone, Cuidado frágil, Plagio,
Por debajo de la mesa, Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

¿Hay algún autor en la sala?, ¿Hay algún crítico en la sala?,
Amores a Ciegas, Apenas un instante antes del fin del mundo,
Cuarentena, Cuatro Estrellas, Denominación de Origen no Controlada,
Después de nosotros el diluvio, El cuco, El olor del dinero, El yerno ideal,
Foto de Familia, Strip Poker, Un ataúd para dos, Un matrimonio de cada dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza, Crisis y Castigo, El Rey de los Idiotas,
Flagrante delirio, Pronóstico reservado, Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo, Batas blancas y humor negro, Bienvenidos a bordo, Crisis y Castigo,
El pueblo más cutre de España, Había una vez un barco chiquitito
Jaque Mate, La función no está cancelada, Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto, Aviso de paso, Breves del tiempo perdido,
Ella y Él, Escenas callejeras, Muertos de la Risa

*Este texto está protegido por las leyes
relativas al derecho de propiedad intelectual.
Toda copia es susceptible de una condena,
hasta de 300 000 euros y 3 años de prisión.*

París – Marzo de 2012
© La Comédiathèque – ISBN 979-10-90908-28-4
<https://comediatheque.net/>